

EUGENIO ESPEJO Y EL NUEVO LUCIANO DE QUITO

Carlos Paladines

Eugenio Espejo es una figura polifacética, de geniales dimensiones, sea por la visión de futuro que le tocó construir, sea por la crítica y protesta que capitaneó no sólo contra el sistema político colonial, sino incluso contra otras múltiples limitaciones que encerraba la sociedad quiteña de ese entonces.¹

Permanentemente se ha señalado que Espejo fue un “adelantado”, un “precursor” de los nuevos tiempos; que sembró las semillas del porvenir y levantó sueños diferentes a los vigentes, además de mantenerlos con una voluntad inquebrantable. Con el tiempo, el Precursor de la Independencia se ha transformado en figura señera en el campo de la literatura, el pensamiento y la historia ecuatoriana, y se ha convertido en un clásico por sus obras sobre la cuestión social, política, educativa, productiva y cultural, mismas que se reeditan hasta el presente. También fue visto como el máximo teórico y crítico de la educación de aquellos tiempos a través de una enciclopédica obra educativa, en tres volúmenes. Se lo considera como uno de los primeros que enfrentó a su medio con la palabra escrita y superó la tradición verbalista de ese entonces a través del primer periódico de nuestra Real Audiencia: *Primicias de la Cultura de Quito*. Además, redactó el mayor de los estudios que sobre el mundo indígena se formuló en esos tiempos; para más de un autor, es el “padre” de la filosofía en el Ecuador. Tampoco ha faltado una tendencia de interpretación sobre su vida y su obra que ha conducido, en casos extremos, a una verdadera mitificación.

Históricamente, fue una persona en confrontación permanente, acechada, perseguida y llevada a la cárcel por las autoridades. Una orden de prisión en su contra es dictada en 1787. Años después se le siguió un largo, eterno juicio, que en buena medida es causante de su muerte y que por fin se publica, luego de casi dos siglos de “olvido”. Se trata del “Testimonio íntegro de los Autos en que Dña. María Chiriboga Villavicencio, mujer legítima del Cap. de Milicias de la Villa de Riobamba, Dn. Siro de Vida y Torres, se queja y acusa en forma al Dr. Eugenio de



La Ronda, Centro Histórico de Quito

Santa Cruz y Espejo, por haberle injuriado gravemente su honor, el de su padre y el de otras personas de igual clase, en unas Cartas o libelos infamatorios y denigrativos llamados Riobambenses”.

De la crítica cultural a la crítica política

“La más antigua obra de crítica compuesta en América de habla española”, fue en realidad la primera parte de una trilogía, que si bien dio inicio por 1779 con el *Nuevo Luciano de Quito (o despertador de los ingenios quiteños en nueve conversaciones eruditas para el estímulo de la literatura)*, y comenzó a circular a través de copias manuscritas, muy pronto se completó con dos obras más: *Marco Porcio Catón* (1780) y *La Ciencia Blancardina* (1781); trilogía en la que cada una de sus partes apoya a la otra y cobra sentido en la medida en que critica y supera a la anterior². La obra descubre en una primera lectura lo que podría denominarse “crítica cultural”. En las “conversaciones”, capítulos diríamos hoy en día, abundan las denuncias contra las ciencias mayores y el método jesuítico de enseñar las humanidades, porque no lograban formar al estudiante quiteño en el adecuado uso de las

¹ Eugenio Espejo (1747-1795), el Precursor de la Independencia del Ecuador, inició sus estudios en las aulas abiertas, para niños pobres, de la Orden de Predicadores. Se graduó de doctor en medicina en 1767, aunque el título no le fue concedido por el Cabildo sino en noviembre de 1772. Años más tarde, en 1779, se licenció en Derecho Civil y Canónico. Ambas profesiones: la de médico y la de abogado, las ejerció hasta visperas de su muerte, acontecida luego de un año de cárcel, en diciembre de 1795, en la que fue su tercera orden de prisión.

² Los primeros pasos del *Nuevo Luciano* fueron a través de manuscritos y la primera edición, casi siglo y medio después, la dirigió Monseñor González Suárez, en *Escritos*, T. I. Quito, Imprenta Municipal, 1912. Posteriormente Aurelio Espinoza Pólit, en 1943, realizó una segunda revisión y edición; Hernán Rodríguez Castelo en la Colección Clásicos Ariel, números 56 y 73, una tercera, S. F.; en la Colección Ayacucho, Philip Louis Astuto últimamente realizó la primera edición crítica de la trilogía.

letras y no conseguían producir oradores que hablasen sin rodeos y ampulosidad, dando su propia significación a cada cosa, sino más bien predicadores y seudointelectuales llenos de “hinchazón, pompa y fanfarronadas”. En otros momentos de estas mismas obras priman elementos referidos a la crítica de la retórica y la poesía existentes en la Audiencia, por no producir más que “agudezas sin un átomo de persuasiva o juicio”. Apuntaba de este modo la crítica de Eugenio Espejo a contrastar los parámetros de un ideal centrado en lo brillante y erudito más que en lo sólido y propio, en lo metafórico e hiperbólico más que en lo sencillo y natural, como mediación necesaria para superar el estilo corriente en Quito, orientado a divertir: desviar y entretener, más que a combatir y exponer los reclamos de un grupo emergente, con su voz y mensaje propio. En otras conversaciones del libro se denuncia a la filosofía imperante en Quito y a sus diversos componentes: lógica, física, ética, metafísica; pues en vez de conducir a una indagación exacta sobre la verdad se habían vuelto eternas disputadoras de sutilezas despreciables e incomprensibles, y hasta la teología es puesta entre paréntesis en la conversación sexta, porque los maestros escolásticos la utilizaban para sutilizar sobre las materias más augustas e incluso para hacer carrera con el único fin de lisonjear los propios apetitos.

Fácil será colegir la importancia asignada por nuestro autor a la “retórica”, al arte de expresarse con buen gusto, ya sea en la forma oral o escrita y que lastimosamente había decaído en la Audiencia, degenerando hasta en los certámenes de navidad, sermones, arengas y actos literarios llenos de expresiones nebulosas y ambiguas y faltos de claridad y sencillez. Al apuntar la obra contra la retórica vigente, lo hizo contra el pilar u orientación directriz de la cultura en su totalidad y, socavando tal cimiento, el edificio íntegro hubo de venirse abajo. Pero además, al atentar el Precursor contra la columna vertebral de la cultura de su tiempo, se vio abocado a esbozar los prolegómenos de la cosmovisión moderna que reemplazaría a la tradicional. La crítica y denuncia cultural desarrollada minuciosamente en esta trilogía fue la condición para que nuevos criterios hiciesen su entrada, una especie de vanguardia que debía allanar el camino a un orden inédito de constitución de la realidad cultural.

Ahora bien, ¿cuáles fueron esos nuevos parámetros que reemplazarían ciertamente a un barroco pervertido o exagerado, que nuestro autor denomina “blancardo” y que tenía las mismas exageraciones o vuelos del “gerundianismo”, y que fue motivo de tantas burlas por parte de los ilustrados y la retórica moderna, inclinada más bien al lenguaje directo y a la claridad de la razón, sinónimos de una nueva eficacia cognoscitiva? Entre estos parámetros cabe resaltar la acepción que imprimieron los ilustrados a su llamado a la “observación de la naturaleza”,

El reconocimiento de este telón de fondo crítico y alternativo a lo largo y ancho de toda la copiosa obra del Precursor de la Independencia de Quito, ha sido una constante de los estudios sobre Espejo

entendiendo por tal tanto el mundo físico como el institucional y espiritual, pero bajo el mando de un mirar racional y, en última instancia, como tarea de la razón más que de la mera sensibilidad u observación visual. Se trataba, en definitiva, de un llamado a la audacia de pensar por sí mismo y orientarse en la realidad y el pensamiento por sí mismo (Kant), para poder así avanzar por el camino de las ciencias y el progreso, independientemente de cualquier recurso a la revelación o factores mágico-míticos.

Su crítica supuso el reconocimiento de las condiciones materiales del saber e incluso de la función ideológica del discurso. En efecto, más allá de la batalla contra individuos concretos, con sus nombres y apellidos, a veces escondidos detrás de un seudónimo —actitud innegable y abundante en el *Nuevo Luciano*—, también se vislumbra una denuncia que apunta a lo social y estructural, a los grupos e instituciones de apoyo a los intereses de la Corona. En otras palabras, la sociedad y las instituciones complementaron a la dimensión individual como objeto de crítica. En relación a la función ideológica del discurso y a la constitución de una cierta forma de saber autocrítico, Espejo, si bien denuncia el contenido encubridor y alienante del saber retórico, filosófico, médico y hasta teológico vigente y en más de un caso lo atribuye a una “voluntad de engaño”, a la perversidad de los poderosos y a los intereses propios de funcionarios corruptos, no logró, sin embargo, anticipar la función social y normal de proyección del discurso. Mas de todas estas y otras notas relevantes de su crítica, cabe resaltar la radicalidad de la misma, que logra sobrepasar los fundamentos ontológicos que sostenían la cosmovisión aristotélico-tomista; y adelantar las pautas de una concepción derivada básicamente de la interpretación específica de la racionalidad moderna, con lo cual pudo incidir con su crítica en todos y cada uno de los elementos que conformaban la visión tradicional e iniciar la construcción de un nuevo orden.

Análisis e historiografía de la obra

Si algo han resaltado los estudios sobre Espejo, especialmente sobre *el Nuevo Luciano*, así como también las investigaciones sobre otras manifestaciones de su quehacer, es su “talante crítico”, su inclinación a la

“denuncia”, lo cual caracterizaría toda su obra y habría tomado cuerpo en la medida en que su pluma pasaba revista y denunciaba los atropellos y estado de postración en que se encontraban todas y cada una de las estructuras coloniales: desde la cultural y educativa, pasando por la económica o política hasta desembocar incluso en la religiosa, que también fondeaba por varios costados. Así, nadie habría construido una historia y una denuncia más completa sobre la maltrecha estructura colonial de finales del siglo XVIII que la narrada en esta trilogía, por una parte; y, por otra, nadie habría aportado más soluciones y con su visión abierto las puertas de la Modernidad, que Espejo.

En definitiva, el reconocimiento de este telón de fondo crítico y alternativo a lo largo y ancho de toda la copiosa obra del Precursor de la Independencia de Quito, ha sido una constante de los estudios sobre Espejo; un lugar común de la historiografía ecuatoriana e hispanoamericana. En algunos investigadores, esta faceta del autor llegó a verse no sólo en relación a los contenidos de su obra, sino también en cuanto a su forma: la “ironía” y “causticidad” de su estilo, la “mordacidad” de su pluma y el habilísimo recurso al contraste, a través del diálogo áspero y picante, mantenido entre los protagonistas de esta trilogía: el Dr. Mera, que expresa la posición ilustrada, y el Dr. Murillo, médico chapado a la antigua y teólogo, que representa el pensamiento tradicional-escolástico; “diálogo” que terminó en abierta pugna y cuyos resultados últimos les tocó vivir en el destierro, la prisión y el asesinato a los discípulos del Precursor, pero cuyos resultados inmediatos tuvo que sufrir en carne propia el mismo Espejo, al desatarse una furiosa campaña de desprestigio en su contra de parte de la elite conservadora. No han faltado historiadores que han imputado a su temperamento el carácter crítico de sus escritos, como si fuese suficiente ser un hombre “vidrioso, receloso, punzante, quebradizo” y a criterio de algunos hasta “acomplejado y solitario”, para producir la obra crítica que legó a la posteridad.

Como se afirma en el subtítulo del *Nuevo Luciano*, éste consta de “nueve conversaciones”, y la Ciencia Blancardina de “siete diálogos”, como si su autor hubiera deseado reflejar hasta en los títulos la estructura interna de una obra organizada en torno al género epistolar y el dialogal, géneros que para la época constituían formas alternativas de comunicación y de disputa del poder concentrado en los géneros establecidos: el sermón y el elogio fúnebre. También en este caso cabe preguntar por el sentido de dicho enfrentamiento, por las razones que respaldaron la utilización proficua de nuevas formas de comunicación. Espejo además redactó el primer periódico ecuatoriano, con lo cual dio inicio al descenso del único medio de comunicación masiva de aquel entonces: el púlpito. La emergencia de nuevas formas de

comunicación: la carta, el diálogo, las defensas jurídicas, el periódico y las paredes, además de superar a los géneros establecidos y surgir de las manos de los fundadores de una futura intelectualidad laica —entre los que Espejo ocupa un lugar de significación dentro del marco de la cultura hispanoamericana—, expresa la autoafirmación de un *nuevo sujeto histórico*, que ha tomado conciencia plena de su papel y lucha por el reconocimiento de su propia “voz”. *El Nuevo Luciano* expresa, en tal sentido, a los grupos innovadores o emergentes, particularmente a los criollos que miraban las cosas ya con franca actitud moderna y habrían de impulsar en adelante un vasto proyecto de reformas. Por otra parte, la utilización del “diálogo”, de vieja data desde los tiempos de Sócrates y Platón, pasando por los de Luciano hasta llegar a Bouhours, y que Espejo se lisonjaba de conocer a fondo, tiene la ventaja de democratizar el conocimiento, al no presentar la doctrina o contenidos a través de cansinas disquisiciones y explicaciones tediosas, accesibles sólo a públicos “selectos”, sino más bien facilitar su comprensión a la mayoría de la población a través de ejemplos, deberes, rasgos y anécdotas sobre personas de carne y hueso.

No es el propósito, en tan corto espacio, ofrecer las múltiples facetas y riqueza que encierra una trilogía que plasmó la historia más completa sobre una época de que se tenga memoria e incluso se proyectó más allá de su tiempo. No se ha podido ni mencionar sus aportes al surgimiento del pensamiento ilustrado ecuatoriano, al humanismo del siglo XVIII, al despertar de la problemática nacional, al proyecto autonomista e independentista, a la universidad pública que le tocó inaugurar al mismo Espejo. En todo caso, pocos autores y obras han gravitado tanto en la historia pasada y presente del Ecuador, como el *Nuevo Luciano*, que no trató tanto de denunciar, reformar, mejorar o sanar determinado ámbito de la realidad bajo los parámetros tradicionales, cuanto de mirar con nueva perspectiva la realidad en su totalidad; y fue por este giro copernicano que la crítica de Espejo no se limitó a la fase de denuncia, a la cual accedemos la mayoría de los mortales, sino que fue capaz incluso de aportar soluciones y alternativas, muchas de las cuales, si bien no cuajaron en forma inmediata, paulatinamente maduraron a través de sus amigos, discípulos y herederos, hasta hacerse años más tarde realidad, en uno de los procesos de mayor trascendencia de nuestra historia: la Independencia de la Audiencia de Quito. ☐

Carlos Paladines. Ecuatoriano, doctor en Filosofía. Se desempeña como catedrático del posgrado de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Ha sido Subsecretario de Educación del Ecuador en dos ocasiones. Autor de libros sobre historia de la educación en el Ecuador y sobre historia del pensamiento ecuatoriano; así como de un centenar de artículos publicados en América Latina y Europa; algunos de ellos, traducidos al inglés, al alemán y al francés.